

EDICIONES BIBLIOTECA FILM - SERIE ESPECIAL



AGUSTIN  
IRUSTA  
CARMEN  
SEVILLA

*La*  
**GUIARRA**  
DE  
**GARDEL**

Editorial **ALFA**





LA GUITARRA  
DE GARDEL

© 1935 by the  
The National Book Company  
New York, N.Y.

ARTES GRÁFICAS  
ESTILO

---

---

Reservados los derechos de  
traducción y reproducción

---

---

ARTES GRÁFICAS ESTILO  
Valencia, 334 - Teléfono 79557  
BARCELONA

# EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA Y FEDAQUER

Apartado 787 « BARCELONA » Teléfono 78637  
Valencia, 234 « Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería  
Berberá, 16, Barcelona - Tamará, 4, Madrid

EDITORIAL  
**"ALAS"**



AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 396

NUM. 147

## LA GUITARRA DE GARDEL

Esta es una película en la que se ha intentado - y conseguido - aunar los caracteres, la música y el ambiente de tres países de habla castellana: Argentina, Méjico y España. Con gran agilidad, su director, Leon Klimovsky, nos lleva de Buenos Aires a Méjico, de Méjico a Cádiz, Granada y Madrid, para volver finalmente a la capital del Plata. No se trata, desde luego, de una biografía de Carlos Gardel, sino de una comedia humorística y sentimental, donde el invisible protagonista es la guitarra del gran intérprete del tango argentino, que debe dar la fama a un nuevo astro de la canción porteña.

Agustín Irusta, el que alcanzó fama internacional, junto con Fugazot y Demare, encabeza el selecto reparto de LA GUITARRA DE GARDEL, secundado por el graciosísimo Antonio Casal y la preciosidad de Carmen Sevilla, que ha sido calificada por la crítica de «ángel gitano».

Una producción

LAISA, S. A.

Distribuida por

WARNER BROS



SUCURSALES:

Paseo de Gracia, 77  
Barcelona

Plaza del Callao, 4-9-C  
Madrid

## PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Raúl</i> . . . . .	Agustín Irusta
<i>Paco</i> . . . . .	Antonio Casal
<i>Carmen</i> . . . . .	Carmen Sevilla
<i>Clarita</i> . . . . .	Trinidad Montero
<i>Don Felipe</i> . . . . .	César Fiaschi
<i>Antequera</i> . . . . .	Santiago Rivero
<i>Tita</i> . . . . .	Jorge Cardoso
<i>Borracho</i> . . . . .	Manuel Arbó
<i>Señora Menchioti</i> . . . . .	Juanita Manso
<i>Antonio</i> . . . . .	Héctor Pontón

---

Director:

**León Klimovsky**

---





---

## BUENOS AIRES

No era un local muy lujoso en comparación con otros de la gran ciudad del Plata, pero tenía una buena clientela y todos parecían divertirse en el amable ambiente del salón. En el estrado de la orquesta, Tito cantaba uno de sus tangos:

Si en el codo peligroso del querer  
hasta que rodé tan fiero  
el desquite con tu triunfo has de tener  
mi decepción.  
Pues no falla, parejero,  
tu mirada inteligente  
y tu pinta de ligero  
y la mancha de tu frente,  
que es tu sello de campeón.

Se oyeron algunos aplausos corteses y, casi en el acto, todos los que habían estado bailando comenzaron a pedir en voz alta:  
— ¡Raúl, que cante Raúl!

Este era un aficionado, muy popular en el «Club de Barrios», y que a veces accedía a cantar alguna pieza, con voz espléndida

y muy bien matizada. Mas ahora se hallaba tan ocupado cortejando a una linda muchacha que no oyó siquiera las voces de los que reclamaban su presencia. Acariciaba la mano de su compañera y, poco a poco, logró quitarle un aro de oro que llevaba.

— La chica que se deja quitar un anillo tiene que pagar rescate.

— ¿Cuál?

— Pues un beso.

— ¡Che, Raúl! — gritaron sus amigos, interrumpiéndolo—. Están pidiendo que cantes.

— Perdona, linda—suspiró Raúl—. Una milonga para vos y vuelvo.

Su presencia fué acogida con aplausos, y el orondo Tito le cedió con venenosa sonrisa el lugar que ocupaba.

— Una milonga: «A mí me gusta cantar», dedicada a la más linda y a la que más quiero — anunció Raúl sonriendo.

Soy hombre de meta y ponga

y así por la vida voy,

donde un bandoneón rezonga

yo prendido siempre estoy.

Soy hombre de meta y ponga

y he de morir como soy.

Ayer, amor, me pediste

pero ya estamos en hoy,

y no duró nunca tanto

el amor que yo le doy,

y hoy digo basta, y me planto

como compadre que soy.

Yo canto porque yo canto,

porque me gusta cantar,

y a nadie pregunto cuánto

mi canto puede gustar.

Yo canto porque yo canto,

porque me gusta cantar,



Ayer, amor, me pediste  
pero ya estamos en hoy,  
y no duró nunca tanto  
el amor que yo le doy,  
y hoy digo basta, y me planto  
como compadre que soy.

Como siempre ocurría, Raúl fué ovacionado cual si fuera una primera figura de la canción. Todos sus amigos le rodearon como si quisieran compartir su éxito, y una muchacha que había a su lado le preguntó:

— ¿Para quién cantó, Raúl?

Éste la miró y, viéndola bonita, respondió con acento ligero:

— Para vos, linda.

\* \* \*

En el «Café Flores», Raúl jugaba al billar con sus amigos, y uno de ellos, Antonio, comentó:

— ¡Si yo tuviera tu voz y tu pinta...!

Raúl se acercó a él, mirándole fijamente, como si no lo reconociera, y comentó burlonamente:

— ¡Ah! ¿Sos vos? Creí que era mi padrino. Hace seis años que me lo dice todos los días. ¡Pobre viejo!

— Y tiene razón — respondió Antonio —. Yo, en tu lugar...

— ¡Plata, éxito, fama...! Sí, es muy fácil decirlo, pero después... — Raúl suspiró y, sonriendo de nuevo, añadió —: Prefiero cantar para los amigos y «pa» enamorar las pibas que a mí me gustan... y que son todas.

— Che, Raúl, ¿por qué no nos cantas «La Cumparsita»?

— Eso es, sentate aquí, Bajito, para nosotros solos — apremiaron los demás.

Raúl accedió y los demás le rodearon, expectantes. Pero, antes de que pudiera comenzar, oyeron una ronca voz que, después de soltar un par de jipíos, se arrancó berreando:

— ¡Ay, ayyyyy... ¿Cuándo volveré a verte? — Calló para dar una larga chupada al puro y luego se jaleó a sí mismo—. ¡Olé! Creído que ya había terminado la interrupción, Raúl comenzó: — «Si supieras...»

Nuevamente volvió a oírse la voz del individuo del puro, un hombre joven vestido caprichosamente y con un jipi adornado por una cinta estrellada:

— «Cuándo volveré a verte.»

Raúl y sus amigos se acercaron a él en actitud amenazadora. El otro canturreó en voz baja:

— «Cuándo volveré a verte...»

— ¡Nunca! — gritaron los otros a coro antes de salir del local, sin aceptar el cigarro puro que el inoportuno flamenco les ofrecía.

Ya en la calle, Raúl se despidió de sus amigos para dirigirse a casa de su padrino, violinista y profesor de música, que vivía en una modesta casita en el barrio viejo.

— Vengo a pasar un momento con usted, padrino. Hoy no tenía ganas de trabajar y me dije... No se enoje, viejo — exclamó Raúl observando una mueca de disgusto en su padrino—. Trabajar es muy bueno, ya lo sé, pero unas vacaciones de vez en cuando...

— Lo que me disgusta es tu trabajo de comisionista... si a eso se le puede llamar trabajo. Tu padre fué un buen cantor de la «guardia vieja». Tú llevas su sangre, has sido educado por mí. Podías haber llegado muy lejos.

— Lo siento, pero...

— Esperaba que fueses lo que yo no logré ser. Estarías allá arriba, en el escenario... Y los aplausos, aunque fueran para ti, los recibiría yo también en el foso de la orquesta... ¡Con qué entusiasmo, con qué cariño tocaría yo allí abajo!

— Le ciega el cariño — contestó Raúl —, Confía demasiado en mí, viejo...

— ¡No, no y no! — protestó don Felipe —. Y lo malo es que te consideras vencido sin antes haber luchado. ¡Te sobran condiciones para triunfar!

La discusión se prolongó unos minutos, sin que el uno lograra convencer al otro. Raúl acompañó a su padrino hasta el teatro donde trabajaba y, a la salida, fueron juntos a un café, donde reanudaron su discusión, avivada por la serie de fotografías y carteles de Carlos Gardel, visibles todavía en diferentes lugares de Buenos Aires, a pesar de los años transcurridos desde la muerte del gran intérprete del tango argentino.

— Antes, un cantor triunfaba cantando — insistió Raúl —. Ahora hace falta propaganda. Y la propaganda cuesta plata, ¡mucho plata! Eso es lo que aplasta a los cantores humildes. ¿Cree que no he intentado luchar? Pero no hay que hacerse ilusiones, viejo. Soy un aficionado al que aplauden en el barrio. Si salgo de ahí, fracasaría.

— Mira — replicó don Felipe señalando otro retrato de Gardel en un marco colgado de la pared del café.

— Sí, ya sé, hay que cantar como Carlitos... Pero yo no soy Gardel.

— No, igual que él no habrá otro. Y la prueba es que aun sigue ahí y en el corazón de todos... Oye, quizá tengas razón en lo de la propaganda. Y creo tener la propaganda que necesitas...

— ¿Usted cree? — preguntó Raúl, súbitamente interesado.

— Sí, la guitarra favorita de Carlos Gardel no desapareció en el accidente de aviación que costó la vida a su dueño. Yo sé que existe todavía y se la puede reconocer porque Gardel puso su firma en ella...

— Buena noticia para un diario — gruñó Raúl, desilusionado —. Y, ¿quién la tiene?

— Tú la puedes tener.

— No me tome el pelo, viejo.

— Estaba en reparación en casa del fabricante, allí quedó... ¡Allí quedó!

— ¡«Raúl Almada canta con la guitarra de Gardel»! — exclamó su ahijado como si leyera ya los titulares de los diarios—. ¿Sabe lo que eso significa?

— Sí, la fama, la fortuna, la conquista del mundo. Con tu voz...

— ¡Qué propaganda! ¡Qué pegada! ¿Dónde está? ¿Dónde vive ese fabricante?

— ¿Me prometes no desanimarte nunca, luchar siempre? — preguntó don Felipe.

— Lo prometo. ¡Lucharé como una fiera!

— Así me gusta — sonrió don Felipe —. La guitarra está en casa del viejo Menchioti, en la Boca, frente a la vuelta de Rocha...

\* \* \*

La primera gestión realizada por Raúl Almada para conseguir la guitarra de Gardel obtuvo casi el éxito. No encontró al viejo Menchioti, porque el pobre había muerto. Por fortuna encontró a su viuda y ésta le mostró un enorme baúl, lleno de papeles y facturas, entre las cuales debía de hallarse la correspondencia al comprador de la guitarra en cuestión. Fué un trabajo largo y pesado, pero, al fin, como suele ocurrir siempre, la encontraron entre las últimas. Al parecer, la había adquirido un tal señor Rodríguez, Avenida de Alvear...

Apenas oyó el nombre y la dirección, Raúl salió corriendo para iniciar rápidamente las gestiones. Pero, en su segunda gestión, le esperaba el fracaso.

En realidad, ya esperaba algo por el estilo, porque tuvo la desdicha de tropezarse otra vez con el español aficionado al



flamenco, que continuaba con su cantinela de «¿Cuándo volveré a verte...?» Aquel tipo le daría mala suerte, seguro.

No le costó mucho encontrar la casa que buscaba. Era un elegante gimnasio para señoritas y, después de sostener una larga discusión y un conato de lucha con el iracundo propietario del gimnasio, averiguó que allí ya no vivía el Rodríguez por quien él se interesaba.

—Es mi primo. Yo soy Querubín Rodríguez.

—¿Y su primo? —preguntó Raúl con un hilo de voz.

—Serafín Rodríguez.

—¿Angelical familia? —murmuró Raúl—. ¿Y dónde podré ver a su primo?

—Ya no vive conmigo. Trabaja en la Orquesta Damonte... Hace seis años que está en Méjico.

—¡En Méjico! —gimió Raúl, a punto de desmayarse.

Salió desalentado del gimnasio, diciéndose que debían abandonar toda esperanza de hacerse con la guitarra que debía impulsarlo hacia la fama y la fortuna. Pero luego, de repente, recordó la afirmación que hiciera la noche anterior a su padrino: «¡Lucharé como una fiera!»

Y se dispuso a cumplir su palabra.

### LA DECISION DE RAUL

— Dentro de quince días me embarco — aseguró Raúl a Antonio—. El pasaje no es caro y, una vez en Méjico, me instalo en el mejor hotel.

— ¿Y cómo? — preguntó el otro, asombradísimo.

Ambos se hallaban en las graderías del hipódromo y se veían obligados a hablar en voz alta para dominar el tumulto que les rodeaba. Aquel día se celebraba una de las más importantes carreras de la temporada hipica y eran millares las personas que iban de un lado a otro, para adquirir los boletos de las apuestas o para acercarse a los caballos, intentando descubrir cuál de ellos sería el ganador de la prueba.

— Muy sencillo — dijo Raúl, respondiendo a la pregunta de Antonio—. Baldomero me habló de ese caballo que no puede perder. Y con lo que gane me embarco en primera. Bueno, espérame aquí, que voy a sacar los boletos.

— No te molestes, viejo — dijo Antonio—. Yo iré. Dame la plata.

Raúl aceptó la oferta, porque no quería perder ni un segundo de la emocionante carrera, de la que quizá dependía su porve-



nir. Entregó a Antonio todo el dinero de que disponía, para que lo apostara a «Rayo» y luego se situó en un lugar desde donde podía ver la pista.

A su lado tenía a un elegante vestido con chaqué gris y sombrero de copa del mismo color, pero no le prestó atención alguna, porque no podía apartar la vista de los ágiles y nerviosos caballo que se alineaban para la salida.

La carrera fué emocionantísima, y «Rayo», después de quedar rezagado unos metros, comenzó a adelantarse a sus competidores y, poco a poco, fué ganando terreno hasta situarse en cabeza; Raúl estaba como sobre ascuas y animaba a gritos a su caballo. Oyó que su petimetre vecino también jaleaba a «Rayo» y compartía sus angustias.

Por fin el noble animal llegó a la meta con varias cabezas de ventaja, y Raúl, fatigado como si él mismo hubiera corrido en la pista, dió un profundo suspiro de alivio. Ya tenía asegurado el viaje a Méjico. Su vecino chillaba de entusiasmo y él creyó reconocerlo, pero antes de que pudiera fijarse en él vió llegar a Antonio con cara de funeral.

— Tranquilo, viejo, tranquilo — murmuraba.

— ¿Por qué tranquilo? — preguntó Raúl.

— Porque no jugué a «Rayo» — contestó Antonio con lúgubre acento.

— ¿¿¿Cómo??? —

— A última hora tuve una corazonada... y lo jugué a otro. Al que llegó último.

— ¡Idiota!

El vecino de Raúl lo agarró por las solapas y, mostrándole un puñado de boletos, le gritó casi con acento histérico:

— ¡Oh, mire, amigo! ¡He ganado «trompicientos» duros!

Raúl le miró y entonces reconoció en él al español que le llevaba la «negra». Furioso le arrebató el sombrero, que se habían cambiado en la excitación que les produjo la victoria de «Rayo», y rugió:

— ¿Otra vez usted?

— ¡Nunca! — contestó el español riéndose a carcajadas.

— ¡Méjico! ¡Qué lejos estás! — sollozó Raúl.

Acompañado por el cariacontecido Antonio, el joven volvió a Buenos Aires y al «Café Flores», donde se dejó caer en una silla. Sus amigos le rodearon, consternados al conocer la mala suerte por la inoportuna «corazonada» de Antonio.

— ¿Y cómo me voy, muchachos? — preguntó Raúl cuando terminó de relatar sus desdichas.

— Como no vayas en bicicleta... — sugirió alguien.

— ¿Cuánto se tardaría para ir a pie? — preguntó Antonio tímidamente.

Se abrió la puerta para dar paso a Tito, el cantante, que gozaba de muy pocas simpatías entre el grupo de Raúl, por su carácter orgulloso y petulante.

— ¡Hola, amigos! — saludó el recién llegado—. ¿Cómo están por el barrio?

— Desde este mismo momento, mal — rezongó Antonio.

— Lo que es a mí, siempre bien — dijo Tito, sin darse por enterado—. ¿Juegan al billar, muchachos? Invito yo.

— ¡¡Nooo!! — contestaron todos a coro.

— ¿Quieren tomar algo, che? — insistió Tito—. Invito también.

— ¡¡Nooo!!

— Agarren, muchachos, que aquí hay billetes — dijo Tito golpeando el bolsillo de su chaqueta—. Soy un profesional, no un aficionado de barrio — añadió con intención agresiva.

— ¿Le pego? — preguntó a Raúl uno de sus amigos.

— No, todavía no. Déjale que madure — replicó Antonio.

— Ahora estoy buscando un suplente, alguien que pueda substituirme — añadió Tito mientras golpeaba las bolas con el taco.

— No vas a encontrarlo — dijo Raúl—. Como vos no hay otro...

— Es cierto, pero lo necesito porque me voy de jira con la orquesta, ¿sabes?

—¿Te vas? ¡Gracias, Tito! —exclamaron todos a coro.

—Sí, dentro de diez días salimos para Méjico...

—¡Se va a Méjico! ¡Méjico! —gritaron todos.

—Pero, viejo, ¡lo hubieras dicho antes! —dijo Antonio.

Rodearon al asombrado Tito y a empujones lo llevaron hasta su mesa. Todos rivalizaban en su empeño de mostrarse amables, como si, de repente, se hubiera convertido en su más querido amigo.

—¡Cuánto vamos a echarle de menos!

—Todos te queremos, Tito.

—En el fondo, pero te queremos. ¡Te vamos a extrañar, hermano!

—Gracias, muchachos, muchas gracias. El éxito me empuja —contestó Tito.

—Podés invitar con lo que quieras —exclamó Raúl.

—¡Mozo, «whisky» para todos! Este genio del canto criollo paga. Querido Tito, todos tus problemas están solucionados. Para eso somos tus amigos —Hizo una pausa dramática para señalar a Raúl y dijo—: Aquí tenés a tu suplente: Raúl.

—Pero, realmente, el sueldo es poco, viejo—contestó Tito—, Además, tengo que irme... Te vas a morir de hambre...

—Eso no importa —le interrumpió Antonio—, Raúl se sacrifica por hacerte este favor.

—Sí, me sacrifico —asintió Raúl, divertido ante aquella escena.

—Mañana hablaremos y... —dijo Tito, esforzándose en librarse de las manos que lo agarraban.

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

—¡He de irme! —gritó Tito.

—¡¡No!! —exclamaron todos.

—¡Mozo, «whisky» para nosotros! —ordenó Antonio—, ¡Y que sea «Caballo Blanco»!

Tito hubo de capitular y, resignado, se dejó caer en la silla que le habían preparado.

\* \* \*

— Puedo llegar a Méjico y hasta llegar con algún dinero —dijo Raúl a su padrino. Estaba entusiasmado por la suerte que había tenido y deseaba demostrar a don Felipe qué, como lo prometiera se disponía a luchar duramente para alcanzar el triunfo—. Pero necesito una guitarra para acompañarme —añadió, preocupado— y no encuentro quién me la preste.

— Si sólo es por eso, voy a hacer lo que no haría por nadie —replicó don Felipe—. Te prestaré una guitarra si me prometes cuidarla con el mismo cariño que yo.

Se dirigió a un extremo de la sencilla habitación que ocupaba y volvió con un estuche de cuero que, al abrirlo, dejó al descubierto una preciosa guitarra, de fina madera y excelente dibujo.

— ¡Qué linda! — exclamó Raúl, acariciando suavemente sus pulidas superficies.

— Más que eso: es extraordinaria... para mí. Va unida a tantos recuerdos... Júrame que me la devolverás, pase lo que pase.

— Se lo juro, padrino — respondió Raúl, abrazando al buen viejo.

## MEJICO

Algo emocionado aún por la cordial despedida que le dispensaron sus amigos, Raúl abandonó el puente, y mientras el navío enfilaba el mar libre, se dirigió hacia su camarote.

Dada su situación económica, era de tercera y habría de compartirlo con otros dos viajeros, pero eso nada le importaba, porque sólo pensaba en el triunfo que le aguardaba en Méjico en cuanto lograra adquirir la guitarra de Gardel.

Entró en el camarote, ya a oscuras, y oyó la respiración y los ronquidos de los otros dos ocupantes. Y al tomar asiento en su cama oyó la voz de uno de los durmientes que cantaba con espesa voz:

— «¿Cuándo volveré a verte...?» «¿Cuándo volveré a verte...?»

Furioso, se acercó a la cama que ocupaba aquel hombre y lo zarandeó por un brazo, para despertarlo.

— ¿Usted? — le preguntó al reconocer al español con el que tantas veces se encontrara en Buenos Aires.

— Sí, soy yo... Bueno, me parece que sí soy yo — tartamudeó el otro, aun medio dormido.



— ¿Qué quiere? ¿Por qué me sigue a todos lados?

— Es el sino, señor — contestó el español sentándose en la cama —. Contra el sino no se puede luchar.

— ¿Qué dice?

— Me sucede algunas veces... Empiezo a tropezarme con alguna persona y pum, pum, pum, me la tropiezo siempre, hasta ser los dos como hermanos siameses.

Raúl lo miró atentamente, divertido por sus explicaciones, y después de rascarse la cabeza, preguntó:

— ¿Así, no me queda más remedio que aguantarlo?

— Al fin y al cabo, peor se está en la cárcel.

— Tiene razón.

— Mire usted, el tipo que le digo me tomó tal tirria que para librarse de mí tuvo que morirse el pobre. Pero estoy seguro de que el día que yo la hinque, me lo encuentro allá arriba, aunque se disfrace de angelito.

— Entonces, ¿qué hacemos? — preguntó Raúl echándose a reír.

— Yo creo que el único arreglo es que nos hagamos amigos y lo llevemos con resignación.

— Si al menos usted fuera una linda mujer...

— Sí, sí... Cuando hay una mujer guapa no se encuentra uno con ella, sino con el marido. Porque mire usted, como dice la copla: «Hay hembras» — cantó — «que son un cólico con la botica cerrada...»

— O como dice el tango — replicó Raúl antes de cantar —: «Si vos fueras mi pebeta...»

El tercer ocupante del camarote, hombre viejo y de carácter iracundo, se sentó en su cama y les gritó:

— «Margut chusten arrumaton!»

— ¡Bien dicho, sí, señor! — contestó Paco, el español —. Diga usted, monsieur, mister, mustafá o lo que sea...

— No, no entender — gruñó el otro.

— Pues si no entiende lo que decimos, ¿por qué se molesta? — exclamó Paco.



El otro respondió con una letanía de insultos incomprensibles.

— ¡Ingrid Bergman! — gritó Paco—. A mí me va a ganar en idiomas ese gachó...

Durante los siguientes veinte días de viaje, Raúl y Paco trabaron una auténtica amistad y, después de desembarcar en Veracruz, hicieron juntos el viaje hasta Ciudad de Méjico; donde, ya en el hotel, hubieron de despedirse.

— Bueno, muchacho, siento privaros de mi compañía — dijo Paco a los componentes de la orquesta de Tito—, pero hemos de separarnos. Ya sabéis...

— Sí, ya lo sabemos — interrumpió Tito—: Paco, el más grande promotor teatral del universo y representante de la Compañía La Giralda, de bailes y danzas españoles.

— ¡Olé, se lo aprendió «tos!» — exclamó Paco.

— Veinte días de un viaje oyéndotelo...

— Y siempre hablando de vos — añadió Raúl.

— Es que no hay nadie que hable de uno tan bien como uno mismo — sentenció Paco—. En fin, me espera mi compañía. ¡Chau, pibes!

— Chau, pibe, chau — contestó Tito.

— Adiós, mal ángel — dijo Raúl—. ¿Vendrás a vernos?

— ¡Como la «luz»...! «¿Cuándo volveré a verte...?» — canturreó.

— Siempre — exclamó Raúl abrazándolo.

\* \* \*

Raúl entró en la primera tienda donde vio un teléfono sobre el mostrador. Era de un indio que vendía alfarería y otros objetos de artesanía mejicana. El propietario permanecía sentado en un rincón y apenas levantó la cabeza para mirar al recién llegado.

— Buenas tardes... ¿Me permite el teléfono?

El otro inclinó la cabeza afirmativamente y Raúl marcó un número después de consultar una libretita.

— Con el señor Rodríguez de la Orquesta Damonte? — preguntó—. ¿Que es su día de descanso? ¿Dónde vive? Un momento, que lo anoto... Hotel Azteca, habitación seis, Gracias, muchas gracias.

Colgó el receptor y, en aquel momento, vio entrar en la tienda a una preciosidad de criatura. Era una joven muy elegante y bien vestida, de nariz respingona y ojos negros, grandes y expresivos.

— ¿Qué deseaba? — le preguntó Raúl acercándose a ella, como si fuera el propietario de la tienda.

— ¿Cuánto vale este jarrón? — repuso ella señalando uno de los mayores que había en la estantería.

— ¿Este? Vamos a verlo — Raúl dió la vuelta al jarrón para consultar la etiqueta y respondió—: Cincuenta pesos.

— Eso será lo que cuesta — dijo ella con acento andaluz—. Yo le pregunto a usted lo que vale.

— Cincuenta pesos — insistió él.

— ¡Jesús, ya son cien! ¿No le parece caro?

— ¡Carísimo! — exclamó Raúl, dispuesto a darle la razón en todo.

— Entonces, ¿por qué no me lo rebaja?

— ¡Rebajado!

— ¿Hacen veinte pesos?

— ¡Diez! — dijo Raúl—. Para usted diez, por ser española.

— Pero qué vendedor más requetesimpático es usted. ¡Envuélvame, qué me lo llevo!

— ¿A mí o al jarrón? — preguntó Raúl.

— ¡Cualquiera lo envuelve a usted, alma mía! — exclamó ella riéndose alegremente.

— ¿Le han dicho alguna vez que es usted la mujer que camina con más gracia sobre la tierra? — preguntó Raúl mientras envolvía lo mejor posible el jarrón.

— Alguna vez. Pero usted no lo dice del todo mal...

— Eso sí es que camina. Porque usted, en vez de andar, vuela, señorita.

— Sí, señor. Y ahora usted mismo lo va a ver, porque me voy volando. Déme el paquete. ¡Jesús, parece la momia de Tutankamen! — exclamó riéndose al ver el bulto informe que le ofrecía Raúl. — ¡Y cómo pesa!

— No se queje, linda, que yo se lo llevo. Un momento, que la acompaño!

Se acercó al impasible propietario de la tienda, que seguía fumando su cigarrillo, y le preguntó:

— Cuánto le debo?

— Cincuerita pesos. Pero se lo dejaré en cuarenta... «pos» ya le falló el lance, patrón — añadió señalando la puerta.

Raúl se volvió rápidamente y ya no pudo ver a la muchacha española, que había aprovechado aquel momento para salir a la calle y perderse entre la multitud.

Pagó los cuarenta pesos y, furioso consigo mismo, salió de la tienda para tomar un taxi que lo llevara al Hotel Azteca, donde, si la suerte lo acompañaba, podría comprar la guitarra que era la meta de todos sus esfuerzos.

\* \* \*

Tuvo que golpear varias veces la puerta del dormitorio número seis hasta que oyó una voz que gruñía:

— Adelante...

No se hizo repetir la invitación y, tendido en la cama, vió a un hombre gordísimo que roncaba beatíficamente.

— ¡Eh, gordito! — llamó Raúl. Y cuando el otro abrió los ojos añadió: ¡Amigazo Rodríguez! ¿Cómo le va? Vengo de parte de su primo, el de Buenos Aires...

—¿Qué primo? —preguntó el otro, semidormido—. ¿Qué Buenos Aires? ¡Ah, sí! Buenos Aires... sigue allí, como siempre, Buenos Aires...

—Su primo me encargó que le diera un abrazo. Somos muy buenos amigos —mintió—. He venido a proponerle un negocio.

—¿Un negocio?

—Vea, le doy ahora mismo doscientos pesos por esta guitarra —dijo Raúl, apoderándose del estuche musical que ya descubriera al entrar.

—¡Ah, la guitarra! Pero por este dinero puede comprar una nueva.

—No discutamos, viejecito. Le doy cincuenta pesos más.

—¿Cincuenta?

—Eso es, gordito.

Al mismo tiempo, dejó sobre la cama doscientos cincuenta pesos y, sin esperar la respuesta de Rodríguez, salió del dormitorio acariciando la guitarra, mientras murmuraba para sí mismo:

—«Raúl Almada canta con la guitarra de Gardel.»

No obstante su entusiasmo, dábase cuenta de que sería difícil convencer a Tito para que le dejara cantar ante el público. Lo tenía todo preparado. Se acercaría a las candilejas y anunciaría al público que se disponía a cantar «con la guitarra de Gardel». La noticia sería acogida primero con curiosidad y muy pronto correría por toda la ciudad y por toda América como algo sensacional.

Tito, que estaba preocupado por el poco éxito que cosechaba en sus actuaciones, no estaba de muy buen humor y se negó rotundamente a escuchar a Raúl.

—No —contestó escuetamente.

—Déjame... Nada más que una pieza—rogó Raúl—. Cuando vos terminés... Anúnciame fuera de programa.

—Lo siento, viejo, lo siento... No puede ser.

—Comprende —insistió Raúl—. Con sólo decirle una frase al público me convierto en el cantor más célebre del mundo.



— ¿Qué frase? — preguntó Tito, burlonamente.

— ¡Ah, no puedo decirla más que al público! Si no, se pierde el efecto. Es un secreto.

— ¡Y lo seguirá siendo siempre.

— Pero, ¿no ves que la orquesta no gusta, que no trae gente? ¡Será un éxito enorme!

— ¡Los éxitos los hago yo, hombre! — exclamó Tito, irritado porque le recordaran su fracaso.

— Pues si son todos como éste... Por favor, haceme esta gauchada.

— Bueno, está bien... Te anunciaré al final.

— Gracias, viejo. Será sensacional... Me hago célebre en un minuto.

Nervioso como si fuera la primera vez que iba a actuar, Raúl paseaba por los pasillos esperando que finalizara la actuación de Tito. De repente, se apoyó una mano en su hombro y, al volverse, vió a Paco que le sonreía.

— Hola, pibe.

— ¡Querido chaval! Me alegro que hayas venido. Vas a presenciar mi triunfo, mi gloria, mi...

— Tu apoteosis, como quien dice.

— Eso es. Salgo y digo...

— ¡Muy bien!

— Bueno, no puedo decirlo — se interrumpió Raúl.

— No, claro.

— Suponte que ya está dicho. ¡Asombra en el público! Y en seguida empiezo con «La Cumparsita»... ¡Gran éxito! ¡Éxito fenomenal! ¡Clamoroso! ¡Gracias, padrino! ¡Tenías razón! ¡Gracias, Antonio, por tus trajes, gracias! No, no estoy borracho — dijo al advertir la extrañeza de Paco.

Este se acercó para oler su aliento y comentó:

— No, no lo estás. No hueles más que a chalao. «Yo tenía un buen amigo — cantó — que se volvió majareta...»

— Está terminando ya. Vamos — exclamó Raúl muy nervioso —. Es el momento culminante de mi vida. Ahora...

— Mucha suerte, pibe. ¡Cómetelos! — le animó Paco empujándolo hacia el escenario.

— ¡Lucharé como una fiera!

Casi temblando de impaciencia, Raúl escuchó la última canción de Tito, acompañado por la orquesta, y esperó el momento de su presentación al público. Pero, consternado, le oyó decir:

— Señoras y señores, con este número finaliza nuestra actuación de hoy. Buenas noches, muchas gracias y hasta mañana.

Se oyeron algunos débiles aplausos y, seguido por los músicos, Tito abandonó el escenario. Raúl, cegado por la ira, lo agarró por las solapas para zarandearlo.

— ¡Envidioso! ¡Falluto, mal amigo!

— ¡Ladrón! — añadió Paco en voz baja —. ¡Así te fuerza el pescuezo un aire y tengas que cantar de espaldas para que te vean la boca!

— ¡Soltá, ché! — exclamó Tito librándose de las manos de Raúl —. Sos mi suplente y vas a cantar nada más que cuando yo falte.

Y se alejó hacia su camerino mientras Paco le amenazaba diciendo:

— Faltarás, grillo afónico, faltarás... De eso me encargo yo, ¡Paco!, el promotor de las ideas luminosas.

Y, a la noche siguiente, pudo poner en práctica su proyecto. Se acercó a Raúl y le preguntó:

— ¿Te conviene hoy?

— Sí, hay bastante gente.

— Será por la brasileña que viene luego, porque lo que es nosotros...

Por la puerta entreabierta del camarín de Tito vieron a éste gargarizando, y Paco, sin pensarlo dos veces, cerró la puerta, dió vuelta a la llave en la cerradura y la guardó en su bolsillo.

— ¡Bisto! — exclamó —. Como da la casualidad que se han perdido las otras llaves de este camerino, me llevo la que queda, y si el andova quiere actuar, que cante por debajo de la puerta.



— ¿Quién cerró? — se oyó gritar a Tito — ¡Abran! ¡Abran!

— Calla, chatín — murmuró Paco con sardónico acento — Ahí te quedas para que no te enfries.

— ¡Eh, usted! — protestó un músico que acababa de ver a Paco cerrar la puerta — ¡Déme esa llave!

— Bueno, caballero, pero sin empujar — replicó Paco muy serio —. Hay tiempo para todo.

— Abra esa mano — le ordenó el músico.

— Nada en el puño, nada en la manga... — dijo Paco mostrándole la palma de la mano, de donde había desaparecido la llave.

— ¡Abran, abran! — chillaba Tito —. ¡Eh, muchachos, que he de trabajar! ¡Eh, Raúl, Raúl!...

Casi todos los componentes de la orquesta de Tito se habían reunido alrededor de Paco, y, entre divertidos e indignados a la vez, presenciaban la habilidad prestidigitadora de Paco, que les escamoteaba la llave con extraordinaria agilidad. Pero, en una de sus demostraciones, se llevó la mano a la boca y la llave desapareció garganta abajo.

— ¡Ayyyy! — gritó Paco —. ¡Se coló! ¡¡Me la tragué!! ¡Aquí está! — añadió acariciándose el estómago —. ¡Baja... baja! La siento llegar al estómago... ¡Socorro, que me muero!

Todos lo miraban consternados, al advertir que aquella broma podía convertirse en un trágico accidente y no faltó uno que echara a correr en busca de ayuda.

— ¡Avisen a un médico en seguida!

— Vamos, chaval — murmuró Raúl verdaderamente asustado —. ¡Valor, Paco, valor!

Este gemía y suspiraba mientras, entre todos, lo llevaban al camarín de Raúl, donde lo dejaron semitecido en una silla.

— No te muevas. Quieto...

— Dadle un purgante — aconsejó una mujer de las encargadas de la limpieza.

— Sacársela con un imán... — sugirió otro.

— Ahora viene el médico — dijo Raúl —. ¡Ha sido por mí, chaval! — exclamó conmovido.

— No me importa morir por un amigo — suspiró Paco con trágica expresión en su rostro —, por su éxito... Canta, Raúl, canta mejor que nunca, y si cuando vuelvas he muerto, recuérdame alguna vez...

— ¡Qué hombre, qué hombre! — sollozó una mujer —. Y morir tan joven...

Todos estaban impresionados y a punto de echarse a llorar. Y Raúl, acercándose al español, le dijo:

— Viejo, no te va a pasar nada.

— ¡Soy feliz! — gimió Raúl.

— Perdóname.

— ¡Soy feliz! — repitió Paco —. ¡Ay... ay... aire!

— ¡Aire, necesita aire! — ordenó Raúl —. Fuera todo el mundo, que le dé el aire.

En cuanto todos hubieron salido, menos Raúl, Paco pareció mejorar extraordinariamente, y, fatigado, comentó:

— ¡Ay! Estoy más derrengado que esta silla... Y la llave sigue dándome vueltas aquí dentro; debe de creerse que está en la cerradura.

Y cuando Raúl le ofreció un vaso de agua, Paco lo rechazó aterrado.

— ¡No, horror! ¿No comprendes que se me va a oxidar? Anda, Raúl, hijito, vete a cantar... Vete ya.

El joven argentino se dispuso a obedecer y tomó de encima del tocador la guitarra que comprara a Rodríguez. Pero, al fijarse en ella, advirtió que no había la firma de Gardel de que le hablara su padrino. Era un modelo corriente y en el interior de la caja era visible la etiqueta de un fabricante mejicano.

— ¡No es! — gritó desesperado.

— ¡Ay! — gimió Paco —. ¿Qué te pasa ahora?

Sin contestar, Raúl levantó la tapa de la guitarra con un cuchillo y sus temores se confirmaron. Aquella era una vulgar gui-

tarra mejicana y en ella no había ninguna señal de que hubiera pertenecido a Carlos Gardel.

— ¡No tiene la firma! ¡No es la guitarra, no lo es!

— Otra vez el tornillo flojo — murmuró Paco —. ¡Ay, la llave!

— ¡Me engrupió ese tipo!... No puedo cantar sin la guitarra... Me matarán, pero no canto y no canto.

— Pero, ¿qué es eso, niño? — preguntó Paco poniéndose en pie —. ¡Arriba el corazón! ¡Pero si tú eres una fiera!

Al levantarse cayó algo metálico al suelo. Era la llave; y Raúl le preguntó:

— Pero, ¿no te la tragaste?

— ¿Tragarme una llave y de este tamaño? — replicó Paco guardándosela otra vez —. No, hombre, ni por ti ni por nadie. No estoy loco.

— Esto es un error — dijo Raúl volviendo a la guitarra y acabando de desencollarla —. Debe de tener la otra guitarra, la que necesito. Voy corriendo a buscarla y entonces cantaré. ¿Comprendes?

— Sí, digo, no. Pero no importa. Vete, que yo los entretendré.

Raúl salió como una flecha, sin hacer ningún caso de los músicos que intentaban detenerlo, y, un segundo después, llegó el médico que había de atender a Paco, quien se había tendido en la silla, quejándose amargamente.

— ¿Qué le sucede?

— ¡Ay, ay, me muero!

— Aquí lo que hace falta es un cerrajero... — gruñó el médico.

— ¡Oiga, cuidado, que soy un semejante y no una cerradura! — protestó Paco.

— Un cerrajero para que abra la otra habitación — añadió el médico terminando la frase —. Que salga ese hombre y nos deje tranquilos con sus gritos. Bueno, a éste lo llevaremos al hospital.

— ¡No! — gritó Paco —. ¡Ay, que no puedo moverme, doctor! ¡La siento aquí!...

— Es imposible, anatómica y fisiológicamente...

— Pues aquí está. Se lo juro.

Señalaba su costado, donde guardaba la llave de la puerta, y añadió:

— Y luego no digan que les engañé... ¡Ayyy... ti ri ri ay!...

Su lamento era casi un jipío flamenco, y el médico, buen aficionado, no pudo contenerse:

— ¡Olé! — exclamó.

— ¡Ay, muchas gracias!

Y Paco continuó así algunos minutos, haciendo tiempo para que Raúl volviera de su visita a Rodríguez.

Pero Raúl no pensaba siquiera en que lo estaban esperando. Sólo le importaba encontrar la verdadera guitarra de Gardel, y ya había perdido la esperanza de conseguirlo.

Empujó la puerta del dormitorio de Rodríguez y encontró a aquel obeso individuo pasando el arco sobre las cuerdas de un violón.

— ¡Usted me estafó! Me ha vendido otra guitarra, no la que yo quería — le apostrofó sin saludarle.

— ¿Qué guitarra? Yo no sé nada de eso — contestó Rodríguez sorprendido —. Usted me pagó y se fué corriendo.

— ¡Aquí tiene su guitarra! — dijo Raúl entregándole los restos de la que comprara pocos días atrás —. Sí, está un poco desarmada — hubo de reconocer —. ¡Déme la otra, en seguida!

— ¿Cuál?

— ¡La que compró en la Boca, a Menchioti!

— ¡Ay, hermano! — suspiró Rodríguez —. La culpa fué de aquel amor... ¡Qué de recuerdos! Y el tiempo pasa, pasa, pasa...

— Bueno, ya ha pasado — le interrumpió Raúl —. ¿Dónde está la guitarra?

— Se la regalé a Carmencilla.

— ¿Qué Carmencilla?

— Cantadora, bailadora... ¡Ay, qué pasión! — sollozó Rodri-

guaz mientras rasgueaba con lúgubres sonidos las cuerdas del violón.

— ¿Dónde vive?

— En España. Hace años... ¡Años eternos! Fué el grande amor de mi vida. ¡Qué mujer, qué gracia, qué fuego! ¡Y cómo se rió de mí! Aun recuerdo el éxito que tenía al cantar aquellos de: «Tengo un ricito sobre mi frente que a mi moreno lo vuelve lelo...» ¡Carmencilla!

— ¡España! ¡La guitarra! — gimió Raúl abrumado por la noticia.



## CARMENCILLA

— Tanto «quiero cantar, quiero cantar» — dijo Tito — y, al final, cuando llega el momento, te evaporas.

Todos los músicos de la orquesta se habían reunido en el vestíbulo del hotel, como si quisieran juzgar a Raúl, que parecía el acusado de un grave delito.

— ¿Y Paco? — se atrevió a preguntar al fin.

— De pronto entregó la llave.

— Luego no lo pudimos alcanzar...

— El doctor casi lo trinca — comentó otro de los músicos —. ¡Dios mío, cómo corría el viejito!...

— La sala llena, todo el mundo esperando... — añadió Tito —. Se armó un escándalo bárbaro... ¿Esa era la sorpresa que tenías preparada?

— Y no era mala — dijo Raúl.

— ¡Claro que no! Y ahora tenemos otra mucho mejor... Si esta noche no pagamos, nos echan del hotel. ¿Qué te parece? Y, por otra parte, no quieren renovarnos el contrato. ¡Ni pensarlo después de tu hazaña! Necesitamos un éxito grande, llenar el local...



— ¡Lo tendremos! — exclamó Raúl, que había estado reflexionando —. Todo Méjico hablará de nosotros... ¡Vendrá a vernos media ciudad!

— ¿Cómo? ¿De qué se trata?

— Explicame eso — rogó Tito.

— Algo que nunca falla: el desafío.

— ¿Qué es eso?

— El desafío... ¡Un momento, ahora vuelvo!

Y Raúl echó a correr, porque a través de la puerta giratoria del vestíbulo acababa de ver pasar a la linda muchacha que se le escapara días antes, cuando le vendió un jarro mejicano.

Se situó a su lado y, rápidamente, le dijo:

— Yo me llamo Raúl Almada, soy cantor de una orquesta argentina y, aunque esté mal el decirlo, soy un buen muchacho. ¿Y usted cómo se llama, ricura?

Ella, sin responder, se metió por la puerta de entrada de artistas de un teatro y Raúl, después de breve vacilación, la siguió para verse ante un individuo vestido con chaquetilla corta. Era un individuo serio y achulado que lo detuvo con un gesto ampoloso.

— ¿Qué pasa?

— Yo.

— ¡Gracioso el niño!

— ¿Es usted el portero? — le preguntó Raúl ya irritado.

— ¿El portero? — rugió el otro engallándose —. Yo soy Antequera, el guitarrista. ¿Se le ofrece a usted alguna cosa?

— Venía con esa señorita — contestó Raúl señalando la puerta por la que había desaparecido la muchacha que había seguido.

— ¡Alto ahí! — exclamó Antequera —. Con esa mujer no va nadie...

Se abrió la puerta para dar paso a la joven, que, indignada, se plantó en jarras frente a Antequera y preguntó:

— ¿Y a ti quién te manda meterte en lo que no te importa?

— Sí que me importa y porque me importa lo hago — replicó Antequera.

—Peleando como siempre, para no variar — comentó una de las muchachas de la compañía.

—Este, que si le dan el pio se toma la mano...

—Cuando yo quiero a una mujer, o mía o de nadie — aseguró el guitarrista.

—¡Digo! — bromeó ella —. Me parece que eso lo he oído en algún dramón en verso, niño.

Se abrió la puerta de la calle y entró Paco, tan alegre como siempre, y, al ver al grupo de los rivales, pareció querer abrazarlos a todos mientras decía:

—¡Hombre, qué suerte! Encuentro reunidos a mis mejores amigos... ¡Clarita, Raúl, Antequera!... — Se volvió para mirar a Carmelilla y, mostrándosela a Raúl, añadió —: Y esto que ves aquí, aunque parece un cuadro de Murillo, es de carne y hueso. ¡Carmelilla! Bailaora, cantaora... En fin, ¡el sueño de una buena digestión!

—Encantado — repuso Raúl sonriendo —. ¿Ve como ya sé su nombre? Pero, ¿cómo dijo? — preguntó recordando algo que le preocupaba mucho —. ¿Carmelilla? Bailaora, cantaora... España... ¡la guitarra!

—Sí, y la pandereta, los palillos, la Giralda — añadió Carmelilla burlándose de él —. ¡Siempre tan tonto!

—¡Eso es! — exclamó Paco —. Esta es la compañía «La Giralda». Estás en tu casa, Raúl. Espeta, pibe, que en seguida vuelve — añadió al ver que su amigo seguía a Carmelilla con la mirada. Y, haciendo un guiño, señaló el hosco semblante de Antequera —. No te extrañe que ponga esa cara porque está loco por ella y lo malo es que ella de vez en cuando le planta cara... Mal gusto que tienen algunas mujeres, porque yo también la quiero, y a mí... ¡ni pum!

—¿De veras? — preguntó Raúl, sorprendido por la confesión de su amigo.

—Por ella no como, no duerme — explicó Clarita, una lindísima muchacha rubia, también perteneciente a la compañía, y que nunca se apartaba de Paco, de quien se había enamorado,



Era un elegante gimnasio para señoritas y, después de sostener una larga discusión, Raúl averiguó lo que le interesaba.



Raúl Almada era un cantante aficionado, muy popular en el «Club del Barrio».



—Mañana hablaremos—  
dijo Tito.

—No dejes para mañana  
lo que puedas hacer hoy.



Fotografías y carteles de  
Carlos Gardel, visibles  
todavía en Buenos Aires, a  
pesar de los años transcu-  
rridos desde su muerte.



— Nunca pensé que se pudiera bailar como usted lo ha hecho — dijo Raúl durante la cena.



— ¡Qué linda!  
— Más que eso, es extraordinaria... para mí.





Pronto todos los asistentes al desahío musical estuvieron en pie, dispuestos a la pelea.



—Si esta noche, no pagamos, nos echan del hotel.  
—Tendremos un gran éxito—afirmó Raúl.



—Se necesitaba un desafío para poder comprar esas flores que le debía desde que nos conocimos.



—Una guitarra digna de su dueño. ¿En dónde la compró?

—¿Tanto le interesa saberlo?



—Un momento, feliz pareja. Enhorabuena por la media naranja y que la exprima usted con muchísima salud.



Comenzó la zambra española, que alcanzó un gran éxito entre el público que llenaba el local.



Gardel cantó «Hay vuelvo a ti, Buenos Aires» y su voz consiguió conquistar a los espectadores.



— ¡Nunca había esperado esto de un mejicano!

— ¡No hay música como la mejicana!



— Si perdemos el tren, perdemos el barco. Y si perdemos el barco... me pego un tiro — dijo el representante mientras Raúl abrazaba y besaba a Carmelita.



—¿A qué viene eso?— preguntó Raúl, sorprendido.—¿Qué os pasa a todos?



aunque sin esperanza alguna—. Y no me deja dormir a mí —añadió— porque, por las noches, me cuenta sus penas... ¡Como si en el mundo no hubiese más mujeres! —exclamó, resentida.

—No las hay para mí— aseguró Paco, muy serio—. Las demás... son «sucédáneas».

—Gracias, hombre, tú siempre tan fino— estalló Clarita.

—Pero, ¿qué le ocurre? —preguntó Paco al ver que la joven se alejaba para encerrarse, con un portazo, en su camarín—. Oye, Clarita...

Cuando Raúl se quedó solo, vio a Carmelilla, vestida de gitana, que se dirigía al escenario y la siguió para decirle:

—¡Ahora! A una mujer bonita puede faltarle algo, sin saber qué es. Y a usted le faltaba este traje. Como ya lo tiene, no le falta nada. Déjeme que la admire así, tal como es...

Se instaló en una silla, sinceramente embelesado por el aspecto de Carmelilla, y ella, levantando los brazos, en una actitud de baile, respondió burlonamente:

—Míreme hasta que se canse... y le van a aplaudir mucho cuando se levante el telón.

Asustado, Raúl volvió la cabeza en el momento en que comenzaba a levantarse. Apenas tuvo tiempo de refugiarse entre bastidores cuando comenzó la zambra española, que él presenciaba atentamente, sin apartar los ojos de la esbelta figura de Carmelilla, que bailaba con agilidad y fuego ante un decorado que reproducía uno de los salones de la Alhambra. Oyó al coro y al cantaor que entonaba quejumbroso su lamento:

Gitana del alma,  
si no me querías  
por qué me jurabas,  
por qué me mentías;  
yo sufro el castigo  
que quiero olvidarte  
y no lo consigo;

si yo he de quererte,  
pasando tormento  
prefiero la muerte.  
La luz de mis ojos  
me quita Undebel  
si tengo que verte, ¡ay!,  
con otro querer.  
Poco a poco has conseguido  
destronar mi corazón,  
y ahora soy hombre perdido  
como barco sin timón.

Rasguear de guitarras, taconeos rápidos y nerviosos, faldas de lunares, seco sonido de las castañuelas... Y Raúl absorto en la contemplación de Carmelilla, que cuando terminó el baile hubo de saludar repetidas veces al público que aplaudía entusiasmado.

Cuando ella pudo abandonar el escenario, él la siguió hasta su camarín y le dijo, impulsivo:

— Nunca pensé que se pudiera bailar como usted lo ha hecho...

— Y yo no pensé nunca que se pudiera entrar aquí sin pedir permiso... Pero, ya que está dentro, ¿de verdad le gustó?— preguntó, halagada como artista y como mujer.

— Es usted la mejor bailarina y la muchacha más guapa que he visto en mi vida.

Su mirada, que vagaba por el reducido espacio del camerín, distinguió una guitarra colgada de la pared. La tomó entre sus manos y se esforzó en mirar su interior, en busca de la firma de Gardel.

— Una guitarra digna de su dueña — comentó.

— Oiga, ¿se ve algo mirando por ahí? — preguntó ella, al observar sus esfuerzos.

— ¿En dónde la compró?

— ¿Tanto le interesa? — replicó Carmelilla, algo despecha-

da viendo que a Raúl parecía interesarle más el instrumento musical que ella misma...

— Me interesa... porque es suya — contestó Raúl, dándose cuenta de su falta de tacto —. Y porque la ha acompañada en sus éxitos. ¿Quiere decirme dónde la compró?

— No sé. Si fuera a acordarme en dónde compré cada una de las ocho que tengo...

— ¡Ocho!

— ¿Le parecen muchas?

— ¡Muchísimas! — exclamó Raúl, desalentado al pensar que aumentaban así las dificultades para encontrar la que a él le interesaba —. Pero estoy seguro de que ésta es la mejor de todas. Con ésta debe usted de cantar aquello de «Tengo un ricito sobre mi frente... que a mi moreno lo vuelve loco...» — cantó, recordando la tonadilla del pobre Rodríguez —. ¿No es así? ¿Pero de qué se ríe?

— Pues de eso. Cantar a estas alturas «Tengo un ricito...». Pero si eso lo cantaba mi madre.

— Entonces, ¿usted no es su madre?

— No, hijo, yo soy su hija. Mi madre hace tiempo que se retiró y está en España.

— ¡Claro! — exclamó él, muy satisfecho, dándose una palmada en la frente —. Ese Rodríguez se quita años, se tiñe el pelo y es un imbécil.

— ¡Señorita, a escena! — gritó un traspunte.

Ella se puso en pie, pero Raúl la detuvo para decirle:

— Espere un momento. ¿Quiere cenar conmigo cuando acaba la función? Aunque sólo sea para que siga riéndose de mí...

— Bueno, si es para eso...

### DESAFIO DE CANCIONES

Hubiera sido una cena muy agradable de no haber sido por la desagradable interrupción que se presentó antes de finalizar, precisamente cuando Raúl estaba más inspirado diciendo cosas agradables a Carmelita.

Aparecieron tres o cuatro músicos de la orquesta de Tito y, sin dejarle despedirse de la joven, se lo llevaron a rastras, mientras ella se reía a carcajadas, viendo malbaratado su romántico discurso.

Encontró a sus compañeros en el vestíbulo del hotel y, aun irritado, les preguntó:

— ¿Qué significa eso?

— Nos echan, hermano. ¡Tenés que salvarnos con esa idea tuya! — exclamó Tito, acongojado.

— ¿Qué idea?

— ¡El desafío! — le recordó alguien.

— ¡Ah, será un éxito formidable! — sonrió Raúl.

— Pero, ¿qué es eso?

— Hay que decir que las canciones argentinas son mejores que las mejicanas y desafiar a alguna orquesta del país, en un torneo con nosotros...

— Bueno, ¿y quién tiene que morir? — preguntó uno de los músicos.

— Generalmente, el cantor.

— No me conviene — protestó Tito.

— Tranquilo, viejo. Cantaré yo — le aseguró Raúl.

— Eso de tocar el patriotismo no me gusta — rezongó Tito—. Por menos se han armado muchas guerras.

— Una más, ¿qué importa?

— No, no. De ningún modo. Eso no sirve — protestaron varios a la vez.

— Bien — exclamó Raúl, encogiéndose de hombros—. Visto el entusiasmo popular, no hay más que hablar. ¡Adelante, señores! Conozco una plaza con unos bancos de piedra para dormir... ¡fenómeno, fenómeno!

— ¿Y si después de recibir una paliza, el desafío no da resultado?

— De la paliza no respondo — contestó Raúl sonriendo —, pero sí del resultado. ¿Quieren ver cómo dejo sin efecto el despido del hotel?

— ¡Sí! — gritaron todos, pues no les agradaba la perspectiva de pasar la noche al raso.

Siguido por sus compañeros, Raúl se dirigió al «comptoir» y, con voz enérgica, dijo al gerente:

— ¡Nunca habría esperado esto de un mejicano!

— ¿El qué? — preguntó el otro.

— ¡Tratar de impedir el desafío echándonos del hotel!

— ¿Qué dice?

— Que las canciones argentinas son las más lindas del mundo.

— ¿Han oído eso? — preguntó el gerente echándose a reír y dirigiéndose a los curiosos que los rodeaban.

— ¡No hay música como la mejicana! — gritó algún patriota.

— Eso lo veremos en el desafío — contestó Raúl —. Cantaremos contra la mejor orquesta de Méjico.

— ¿Cuándo? — preguntó el gerente.



—Lo sabe toda la ciudad, no se haga el tonto—añadió Raúl—. Y usted nos echa del hotel para impedir ese desafío.

—¡Silencio!—gritó el gerente, herido en su orgullo—. Eso no me lo dice nadie a mí. ¡Quédense! Les daré las mejores habitaciones y un menú especial... Todo gratis hasta después del desafío.

—Eso ya es ponerse en razón—accedió Raúl, satisfecho del éxito de su estratagema.

—Así no tendrán ningún pretexto cuando sean derrotados por la música de mi patria—prosiguió el mejicano—, ¡que es la más hermosa del mundo!

\* \* \*

El plan de Raúl alcanzó un éxito que superó todas sus esperanzas. Los mejicanos, orgullosos de sus canciones, no podían admitir que un grupo de argentinos pretendieran superarlos con su música. No tardó en surgir una orquesta mejicana que aceptó el reto, y el lugar del duelo fué fijado en un lujoso local al aire libre, donde cabrían numerosos espectadores, entre los millares que deseaban asistir a la competición musical entre los dos países hermanos.

Carmelilla, acompañada por Clarita, Antequera, Paco y otros miembros de la compañía, fué de las primeras en llegar y ocupó su asiento más nerviosa que un gato.

—¡Qué bonito está todo! Ganarán porque canta Raúl...

Esta afirmación fué acogida con helado silencio por parte de Paco, que «estaba muy mosca», y Antequera, despectivo, gruñó:

—¡Ese! Ese no canta ni para dormir a un niño de pecho.

—¿Qué sabes tú, pasmao?—le replicó Carmelilla, furiosa.

—Sé eso y otras cosas que maldita la gracia que me hacen.

—Mala suerte la mía—murmuró Paco, acercándose a Clarita, su resignada confidente—. Mala suerte y sin aires de mejora. A Antequera podía pasarle algo cualquier día, dicho sea

sin mala intención, y entonces... Pero a Raúl tendría que pasarle algo también... Y que palmen los dos sería demasiada suerte.

— ¡Ay! ¿Por qué no empiezan? — preguntó Carmelilla —. Paco, ¿qué haces aquí parado? Ve a ver lo que pasa.

Paco obedeció más serio que la estatua del Comendador. Encontró a Raúl en su camarín y, sin mirarlo, como si hablara con una pared, le dijo:

— Carmelilla quiere saber por qué no empezáis.

Se disponía a marcharse, pero Raúl lo agarró por un brazo.

— Oye, ¿qué te ocurre desde hace unos días?

— Nada. Tú o yo sobramos en el mundo.

— ¿Estás loco? — preguntó Raúl —. ¡Ah, ya comprendo! Carmelilla, ¿verdad?

— No va a ser por Jack el Destripador. Eres un mal amigo.

— Escúchame, Carmelilla me gusta.

— ¡Hombre, eso se ve a la legua! ¡Menudo eres tú!

— Pero no más que otras. A ella no le desagradó y pasamos el rato.

— Desde hace diez días no la dejas un momento.

— Eso ya es otra cosa — reconoció Raúl.

— ¡Pues parece la misma!

— Si me prometes no decirle nada, te lo aclaro.

— ¡Venga! — exclamó Paco.

— Mira, viejo, Carmelilla tiene una guitarra que me hace falta.

— Pídesela.

— Tendría que explicarle para qué la necesito y, entonces, no me la vendería... Tiene que parecer que esa guitarra no me interesa.

— ¿No me mientes? — preguntó Paco.

— ¿Te acordás de ese día en que no pude cantar? Fué por eso, ¡palabra!

— Te creo. Pero si te das prisa en conseguirla, mejor que mejor.

— ¿Siempre amigos? — preguntó Raúl ofreciéndole la mano.

— ¡Siempre! — contestó Paco, estrechándosela con fuerza.

Minutos más tarde, el locutor presentó a las dos orquestas que iban a exhibir sus respectivas habilidades, en defensa de sus canciones populares.

— ¡Señoras y señores, la gran noche ha llegado! Todo Méjico habla del desafío y aquí están los contendientes... A mi derecha, ¡el famoso Mariachi Mejicano! — Hubo grandes aplausos y, cuando éstos se hubieron acallado, el locutor prosiguió: — ¡Y a mi izquierda la orquesta argentina con su nuevo cantor: ¡Raúl Almada!

Nuevos aplausos y, entre todos, los más entusiastas los de Carmelilla, débilmente secundados por Paco y Antequera, que fingían rozar sus palmas.

Se oyeron los primeros compases de «La Cumparsita», y Raúl comenzó a cantar con voz suave y bien timbrada:

Si supieras  
que aun dentro de mi alma  
conservo aquel cariño  
que tuve para ti,  
quién sabe si supieras  
que nunca te he olvidado,  
volviendo a tu pasado  
te acordarás de mí.  
Los amigos ya no vienen  
ni siquiera a visitarme,  
nadie quiere consolarme  
en mi aflicción.  
Desde el día que te fuiste  
siento angustia en mi pecho,  
decí, mi vida, qué has hecho  
de este pobre corazón.  
Al cotarro abandonado  
ya aquel de la mañana

asoma por la ventana  
como cuando estabas vos.  
Y aquel perrito compañero  
que por tu ausencia no comía,  
al verme solo el otro día  
también me dejó.  
Sin embargo,  
yo siempre te recuerdo  
con el cariño santo  
que tuve para ti,  
y estás en todas partes,  
pedazo de mi vida,  
con la ilusión querida  
que nunca olvidaré.

Se produjo una tempestad de aplausos e incluso muchos mexicanos temieron que sus representantes no pudieran superar y ni siquiera igualar el éxito de los argentinos. Pero, antes de que hubiera terminado la ovación, el mariachi inició su pintoresca exhibición:

¡«La bamba...»!

Pas ándale, mano...

No te aflojes, cuero viejo, que te quero pa tambor...

Para bailar la bamba,

para bailar la bamba

se necesita una poca de gracia,

una poca de gracia y otra cosita,

y arriba y arriba,

Arriba y arriba y arriba iré,

yo no soy marinero,

yo no soy marinero,

por ti seré, por ti seré, por ti seré, ¡ay!

¡Ándale, manito!

¡Andale, panchito!  
Una vez que te dije,  
una vez que te dije que eras bonita  
se te puso la cara,  
se te puso la cara coloradita,  
y arriba y arriba.  
Arriba y arriba y arriba iré,  
yo no soy marinero,  
yo no soy marinero,  
por ti seré, por ti seré, por ti seré, ¡ay!  
¡Andale, chamaquita!  
Si el amor que te tengo,  
si el amor que te tengo fuera de azúcar  
me estaría todo el día  
¿haciendo y qué...?,  
me estaría todo el día chupa que chupa,  
y arriba y arriba.  
Arriba y arriba y arriba iré,  
yo no soy marinero,  
yo no soy marinero,  
por ti seré, por ti seré, por ti seré, ¡ay!  
En mi casa me llaman,  
en mi casa me llaman el inocente,  
porque quiero a muchachas,  
porque quiero a muchachas de 15 a 20,  
y arriba y arriba.  
Arriba y arriba y arriba iré,  
yo no soy marinero,  
yo no soy marinero,  
por ti seré, por ti seré, por ti seré, ¡ay!  
Andale, dile algo a este chinaco,  
¡mire qué melitón!  
La verdad que es bonito el chamaquito,  
¡pos claro!



¡Lástima que es tan chaparrito!  
¡Igual me las rebusco, chaparrito y todo!  
Y qué le digo al cuarte este ahorita yo...  
Pos algo de amor, ¡mi chata!  
¡Ya está!  
Yo no quiero a muchachos,  
yo no quiero a muchachos que sean bajitos,  
pos no quiero pasearme.  
¿Qué pasa con ellos?  
Pos no quiero pasearme con bastoncitos,  
y arriba y arriba...  
Arriba y arriba y arriba iré,  
yo no soy marinero,  
yo no soy marinero,  
por ti seré, por ti seré, por ti seré, ¡ay!

La gracia y el arte del mariachi produjo una tempestad de aplausos y, cuando todo parecía que iba a terminar felizmente, con un glorioso empate para los dos pueblos, Antequera fué el fulminante que produjo la explosión.

Raúl se había acercado a la mesa de los españoles para hablar con Carmelilla, y en el momento en que le tomaba la mano para acariciársela, el guitarrista cogió una botella de champaña por el cuello, dispuesto a rompérsela al joven en la cabeza.

— ¡Se acabó! — gritó Antequera —. ¡Ya está bien!

— ¡Suelta eso, animal! — chilló Carmelilla, deteniéndolo.

Los que rodeaban a los combatientes se apresuraron a tomar partido por unos o por otros, y pronto todos los ocupantes del local estuvieron en pie, dispuestos a la pelea.

— ¡Linda jarana! — gritó un mejicano —. No la podemos desperdiciar.

— ¡Aunque sea por amor al arte!

— ¿Y por quién peleamos, jefe? — preguntó uno de los músicos.

— Por el que vaya perdiendo — replicó el gerente del hotel —. ¡Que somos unos caballeros!

Cinco minutos más tarde todos peleaban contra todos, y las botellas de champaña se habían convertido en mazas de guerra de mortíferos efectos. Las mujeres chillaban a más y mejor, pero sus gritos sólo servían para enardecer aun más a los hombres. Raúl no tardó en rodar por el suelo. La cantante del mariachi lo recogió en sus brazos y le hizo descansar la cabeza sobre sus rodillas. Luego se inclinó para besarlo, pero Carmelilla, celosa, le asestó un botellazo y la mejicanita cayó hacia atrás, transportada a la región de los sueños.

El pobre Paco se hizo cargo del micrófono para dirigir algunas palabras al «respetable» que tan poco ídem se mostraba, mas un entusiasmado luchador lo tumbó de un certero botellazo.

Y así acabó el desafío argentino-mejicano.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Raúl llegó al teatro con un hermoso ramo de flores... y con un ojo lindamente amoratado.

— ¡Oh, gracias! — exclamó Carmelilla, satisfecha —. ¡Qué rumboso!

— Se necesitaba un desafío y muchos golpes para poder comprar esas flores que le debía... desde que nos conocimos.

— Son preciosas — contestó ella —. Tan preciosas como esta tierra... me acompañarán en el viaje.

— ¿Cómo?

— Se interrumpió la jira y marchamos esta misma noche.

— ¿Adónde? — preguntó Raúl.

— Cosas del teatro. Volvemos a España.

— ¡Me alegro!

- ¡Hombre, muchas gracias!  
— Me alegro, porque también me voy a España.  
— ¿Qué va a hacer allí?  
— Seguir a su lado, ¿le parece poco?  
— Ni poco ni mucho. Me parece muy bien — contestó Carmelilla sonriendo con picardía.  
— Entonces, hasta luego.

## ESPAÑA

El barco surcaba las tranquilas aguas y la luna brillaba sobre las suaves olas que el transatlántico partía con su alta proa. Los pasajeros de tercera estaban sentados en cubierta con las cabezas levantadas mirando las brillantes luces de los paseos de primera clase, donde se celebraba una fiesta. La orquesta interpretaba un vals.

Raúl distinguió a Carmelilla que, vestida con un blanco traje de noche, se hallaba acodada en la barandilla, y se acercó a ella subiendo por la escalerilla, mientras cantaba:

Todo en esta noche se ha tornado alegre,  
yo no sé por qué  
me parece la luna más bella,  
y mis ilusiones, frágiles alondras,  
han vuelto a crecer  
y en sus picos titilan estrellas,  
una voz me dice: «Pronto irá a tu lado  
la felicidad».

una voz que me llega del alma,  
que me lleva hasta el cielo en sus alas,  
son mis ilusiones frágiles alondras  
que quieren volar.

Ella le sonreía y, sin mediar palabra, Raúl la tomó en sus brazos y, mientras ambos bailaban, continuó susurrando a su oído:

Hoy han vuelto a cantar los violines  
con sus notas de trémula voz,  
y un aroma sutil de jazmines  
da fragancia a mi corazón.  
Hay un ansia de amor en mi vida,  
primavera sin flores ni sol,  
y en mi pecho temblando palpita  
como ayer una tibia emoción.

Pero cuando los dos finalizaban a dúo las primeras estrofas de aquella canción, Paco, que los miraba celoso, apartó a Clarita, con quien bailaba de mala gana, y tomó a Carmelilla por un brazo y le dijo:

— Haz el favor un momento.

La llevó hasta el otro lado de la cubierta y añadió:

— Debo decirte, como amigo, que ese hombre no te conviene.

— Te veo venir. Déjame en paz — contestó ella de mal talante.

— No le interesas nada. Ese hombre finge quererte porque desea una guitarra que tú tienes...

— Paco, mira lo que dices...

— ¿No te ha hablado de tus guitarras? ¡Ah! ¿No las ha mirado todas, buscando algo que deben de tener dentro? ¡Ah! ¿No te ha preguntado dónde has comprado cada una de ellas? ¡Ah! ¡Ah!



Carmelita lo miró fijamente un momento, sintiendo odio hacia él, porque acababa de inferirle una grave herida no sólo en su amor propio, sino también en su corazón. Y, además, comprendía que estaba en lo cierto, porque la conducta de Raúl era más que sospechosa.

Furiosa, volvió a su lado y, con la voz temblorosa por los sollozos, le dijo:

— ¡Es usted muy poca cosa para reírse de mí!

— ¿Qué le ha dicho Paco? ¡Es mentira!

— Ah, ya veo que sabes de lo que se trata! ¿verdad? ¡Oficial! — llamó. Y cuando el marino acudió a su lado, le señaló a Raúl, añadiendo —: Este hombre me está molestando.

— Usted no viaja en primera — dijo el oficial de marina —. Vuelva a tercera clase.

\* \* \*

Durante todo el larguísimo viaje, Raúl no pudo ver otra vez a Carmelilla y tampoco lo consiguió al desembarcar en Cádiz. Con el ánimo entristecido, siguió a la compañía hasta Madrid, pero tuvo la desdicha de perderlos de vista y así vagabundó por la capital de España. Una mujer a quien preguntó le aconsejó que fuera a la verbena de San Antonio, lugar de cita de todas las muchachas bonitas aquel día.

Seguió el consejo y, a poco, entre la multitud, descubrió a Carmelilla con Antequera, que parecía estar en el candelero, Paco y Clarita, amén de otras personas de la compañía.

— ¡Carmelilla! ¡Paco! — exclamó muy alegre.

— ¡Un asco! — respondió la joven, sin mirarlo —. El mundo es un pañuelo. Nada más ver el cerdo del tío vivo, me dió la corazonada de que iba a tener un mal encuentro.

— ¿A qué viene eso? — preguntó Raúl, sorprendido por la dureza que había en las palabras de la joven —. ¿Qué pasa?

— Como pasar, no pasa nada — replicó Carmelilla —. Que hemos venido a la verbera a divertirnos y no queremos palmasos. ¿Está claro?

— ¡Clarísimo! — exclamó Raúl. Y mirando a Paco le dijo—: Vos tenés que saberlo y me lo vas a decir.

— Ahí en una de esas barracas hay un «gachó» que lo adivina todo. ¿Por qué no se lo preguntas a él?

— No está mal el consejo — rió Antequera socarronamente —. Sigalo, a ver si le saca de dudas. Nosotros, Carmelilla, vamos adónde quieras tú, que «pa» mí no hay más voluntad que la tuya. Esta noche está todo pagado, ¡convido yo!

— Gracias, se acepta el convite, porque aquí ya no se está bien.

— ¡Vamos al Laberinto! — sugirió Clarita.

Paco quiso saltar por encima de la mesa, para zafarse de Raúl y, sobre todo, para no apartarse de Carmelilla, pero tropezó con una silla y cayó al suelo como una piedra.

— ¿Te has hecho daño? — le preguntó Clarita.

— ¡Ay, mi nariz! Iba a ir al Laberinto con ella, pero alguien... Oye, ¿quién me empujó la silla? — preguntó lleno de sospechas.

Clarita no respondió a la acusación y le dijo:

— Siéntate aquí, a mi lado. No conviene que te muevas.

Raúl había seguido a Carmelilla hasta el Laberinto y allí tuvo la fortuna de descubrir que la joven y Antequera se habían separado. El guitarrista estaba indignado, abriendo y cerrando puertas, sin conseguir reunirse con Carmelilla. Como hombre supersticioso, le reventaba ver cabezas de muerto, esqueletos, ahorcados y, sobre todo, algunos reptiles que, aunque de cartón, le infundían terror y pánico.

En cambio, Raúl tuvo la fortuna de encontrarse con Carmelilla y la detuvo antes de que ella volviera a desaparecer.

— ¡Escúchame, Carmelilla! — rogó.

— ¡No!

— Oyeme por lo menos... ¿Sabes cuál es la mayor virtud en la mujer que quiere?

— ¡No!

— Olvidar los agravios. Perdóname si te ofendí.

— Te has reído de mí.

— No, Carmelilla, yo te quiero.

— ¿Sabes cuál es la mayor felicidad en el amor? — preguntó Carmelilla a su vez.

— No.

— Evitar las explicaciones.

Los dos se abrazaron mientras oían los gritos de indignación de Antequera, que buscaba inútilmente la salida. Ellos, en cambio, lo consiguieron con facilidad y pronto se hallaron nuevamente en la pista, bailando a los acordes de un viejo organillo. Paco, que bailaba con Clarita, se acercó a ellos y con muy mala intención le recordó a Carmelilla:

— La guitarra... la guitarra...

— Vengo de la boda de un amigo mío — dijo Carmelilla a Raúl, como si no hubiera escuchado la insinuación de Paco.

— Nosotros nos casaremos muy pronto, chiquilla — contestó Raúl —. En cuanto haya triunfado.

— ¿Y esa guitarra que buscabas? — preguntó ella de pronto.

— ¿Cómo lo sabés? Sí, esa guitarra me interesa mucho.

— ¿Más que yo?

— ¡Vos sos lo más interesante para mí, Carmelilla!

— Me alegro... porque ya no tengo la guitarra — dijo ella, mirando fijamente a Raúl.

— ¿Cómo? — preguntó él, dejando de bailar.

— Era de mi madre y se la regaló hace tiempo a este primo mío que se ha casado hoy.

— ¡Ah, bueno! — suspiró Raúl tranquilizado.

— Pero te advierto que sale hoy en viaje de novios y que no regresan a Madrid.

— ¿Qué decís? — gritó Raúl, alarmadísimo —. ¿Dónde vive tu primo?

— En Cidacos, en el número seis.

— ¿Cidacos, seis? ¡En seguida vuelvo! — exclamó Raúl echando a correr—. ¡Chau!

Carmelilla quedó sola en el centro de la pista con los ojos llenos de lágrimas. Y, pensando en Paco, suspiró:

— ¡Tenías razón, so cenizo!

— La primera vez que veo llorar a una mujer por un hombre — comentó Paco, observando a Carmelilla.

— ¡Está loca por él! — repuso Clarita.

Antequera, con muy poca inoportunidad, se presentó en aquel momento y dijo a Carmelilla:

— Tenemos que hablar tú y yo; lo que me has hecho esta noche, no...

— ¡Déjame en paz! — estalló ella, con intenso desprecio en la voz—. Nunca te quise y si te lo hice creer fué para darle achares a ése, que es como tú, como todos los hombres... ¡Vete y que no vuelva a verte más!

— ¡Está bien! — contestó el guitarrista muy digno—. Alguna vez pué que te acuerdes de Antequera...

— Uno menos — se dijo Paco, frotándose las manos, satisfecho con la ruptura de Carmelilla con Antequera—. Sólo queda Raúl, pero a ése no le importa más que la guitarra... ¡y esa guitarra la encuentro yo!

Echó a correr en seguimiento de Raúl y, cuando lo consiguió, le dijo:

— Pibe, aquí me tienes dispuesto a ayudarte.

— ¿De veras? ¿Te cansaste ya de enredar?

— ¡Pero, hombre...! — protestó Paco con aspecto de virtud ofendida.

— Bueno, vamos a la calle Cidacos.

Sorprendieron a los novios en el momento en que se disponían a salir sigilosamente de la casa donde se había celebrado la fiesta de la boda. Y no les hizo ninguna gracia la aparición de dos locos, uno de los cuales les dijo:



— Un momento, feliz pareja. Enhorabuena por la media naranja y que la exprima usted con muchísima salud.

— Tenemos que hablarles de negocios — añadió Raúl.

— ¿Usted cree que es momento oportuno para hablarme ahora de negocios? — preguntó el novio.

— ¡Hombre, yo creo que dentro de un rato será menos oportuno si se marchan ustedes! — dijo Paco.

— Escúchales, Macario — aconsejó la novia.

— ¡Tan inteligente como hermosa! — comentó Raúl —. Queremos comprarle una guitarra.

— ¿Y eso es un negocio urgente? — rugió el pobre Macario —. ¡Imbécil!

— ¡Cálmate, Macario! — sollozó su mujer —. No te disgustes en el día de nuestra boda.

— ¡Claro, hombre — aconsejó Paco —, guarde sus energías para la suegra!

Pero el diálogo, sostenido en voz alta, provocó la catástrofe que tanto temía Macario. Toda la parentela irrumpió en el salón y se desarrolló una lamentable despedida, llena de lágrimas, consejos, observaciones y bromas de mal gusto. Los novios estaban indignados con Paco y Raúl, que hubieron de desaparecer.

Al fin, los recién casados pudieron librarse de la familia y subir al coche. Mas apenas se hubieron alejado unos metros de la casa, cuando los inevitables Raúl y Paco asomaron por el departamento posterior, para reanudar sus gestiones acerca de la guitarra.

— ¡Al fin solos! — exclamó Macario, suspirando.

— Por favor, la guitarra — dijo Raúl.

— ¡Lo mató! — gritó Macario.

— ¡Por Dios, Macario, que son dos! No me dejes viuda tan pronto... — suplicó ella.

— Nosotros sólo queremos comprarle la guitarra que le regaló su tía...

— La vendí... a un trapero del rastro — confesó Macario. Minutos más tarde se hallaban en la tienda del ropavejero y



allí tuvieron la fortuna de encontrar a un argentino que discutía con el propietario acerca del precio que le había costado la guitarra. Charlaron con aquel hombre, le ofrecieron una fortuna por la guitarra y Raúl observó, asombrado, que Paco pujaba más que él, como si pretendiera quedarse él con la guitarra.

Pero mientras discutían, el argentino desapareció y pronto se confundió con la gente de la calle. Los dos rivales lo siguieron y cada uno siguió una dirección.

—El que lo encuentre se queda con la guitarra—conviniéron.

### LA GUITARRA DE GARDEL

— Tuviste suerte, Paco — confesó Raúl al día siguiente cuando llegó al teatro donde actuaba la compañía de su amigo.

— ¿Quién, yo? — preguntó el otro, asombrado.

— No disimulés, Paco. Vos tenés la guitarra.

— ¿Quieras hacerme creer que no la tienes tú?

— No la tengo — le aseguró Raúl.

— Entonces la buscaré hasta que la encuentre y, entonces, te la daré.

— Pero, che, ¿nos vamos a entender de una vez?

— Te la daré, a cambio de una cosa... Que olvides a Carmelilla.

— ¿Qué?

— ¿No era eso lo que querías? — preguntó Paco.

— ¿Cómo? — gritó Raúl agarrando a su compañero por las solapas.

— Pero, oye, oye... ¿Qué te ocurre ahora? ¡No irás a pegar a tu mejor amigo?

— ¿Dónde está mi mejor amigo? — rugió Raúl, hecho una fiera.

Seguramente habría terminado el conflicto a bofetadas si en aquel momento no hubieran visto los dos al argentino de la noche anterior que, vestido de gaucho y con la guitarra en la mano, se dirigía al escenario.

— ¡Mira!

— ¡Es él!

— ¡Esta guitarra es mía! — gritó Paco, poniéndole la mano encima.

— ¡Yo la pagué primero! — aseguró Raúl, apoderándose también de la guitarra, que el cantante argentino se negaba a abandonar.

— ¿Quiénes son ustedes? — protestó, asustado por la violencia de los dos hombres.

— ¡Los de anoche! ¿No te acordás de que te la compramos? — preguntó Raúl.

— Primero, ¡no tanta confianza! Segundo, anoche estaba borracho y no me acuerdo de nada...

— ¿Y el dinero que te dimos?

— ¿Qué plata? ¡Me la abré bebido!

— ¿Mil quinientas pesetas en vino? — preguntó Paco.

— ¿Y por qué no? ¡Ha subido mucho!

— ¡Farsante! — gritó Paco intentando quitarle la guitarra—. ¡Venga!

— ¡Quietos los dos! — Y el argentino comenzó a pedir ayuda—. ¡Socorro! ¡Ladrones!

— ¿Qué sucede? — preguntó el representante del conjunto argentino, atraído por los gritos—. ¡Usted, al escenario en seguida! Van a comenzar...

— Esos tipos quieren quitarme la guitarra — explicó el cantante.

Y se marchó, abrazado a su guitarra. Paco, que conocía bien las actividades del teatro, explicó a Raúl:

— Es el conjunto argentino que se despide hoy. En cuanto terminen, toman el tren para alcanzar el barco. Lo sé porque adelantaron su número.

— Eso significa que nos quedamos sin guitarra — suspiró Raúl.

— Yo, no — contestó Paco.

— Yo, tampoco — le aseguró Raúl.

Sin vacilar, se dirigió al almacén del vestuario y dijo a la mujer que cuidaba de él:

— Soy de los argentinos...

— Pase y vistase. Se ha retrasado — contestó la mujer, sin levantar la mirada de su costura.

A Raúl se le había ocurrido una buena idea. Tuvo la fortuna de encontrar un traje criollo que le sentaba bien a su medida y, muy decidido, entró en el escenario como si formara parte del grupo de artistas argentinos. Paso a paso, se acercó al cantante, esperando una ocasión propicia para arrebatarse la guitarra. Y Paco, que con Carmelilla y Clarita se hallaba entre bastidores, gimió angustiado:

— ¡Se la lleva, se la lleva...!

— ¿A quién se lleva? — preguntó Clarita.

— La guitarra, que es mía... que tiene que ser mía.

— ¡Jesús, Dios mío! También éste se contagió — murmuró Carmelilla.

— Aquí acabamos todos locos — le contestó Clarita —. Esto me había parecido siempre tonto, pero nada más.

Mientras tanto, las parejas de artistas argentinos habían dado algunos pasos y, al fin, el cantante se acercó a las candilejas y anunció:

— Ahora voy a cantar para ustedes. «Hoy vuelvo a ti, Buenos Aires».

Pero antes de que pudiera comenzar, Raúl se situó a su lado, le dio un golpecito en la espalda y, con la mejor de sus sonrisas, le quitó la guitarra. El otro no se atrevió a protestar delante de todo el público que los estaba mirando y fingió ceder de buena gana.

Entonces Raúl, seguro de tener en sus manos la auténtica guitarra de Gardel, comenzó a cantar y lo hizo mejor que nunca:

Hoy vuelvo a ti, Buenos Aires,  
hoy vuelvo a ti, patria mía,  
tú, Buenos Aires, me puedes quitar  
este pesar,  
de una cruel desilusión  
tú has de curar  
mi corazón.

Yo buscaré en tus farras  
remedio a mis dolores,  
he de encontrar amores  
que desvanezcan mi dolor.  
Hoy vuelvo a ti, Buenos Aires,  
tierra de paz y de amor.  
Tú tan feliz,

que en momentos de dolor  
das el amor  
al que triste vuelve a ti,  
he de pagar  
con mi amor ese amor,  
tierra ideal,  
la más bella para mí.

Hoy vuelvo a ti, Buenos Aires,  
hoy vuelvo a ti, patria mía,  
tú, Buenos Aires, me puedes quitar  
este pesar,  
al recordar un viejo amor  
mi vida está  
llena de sol.

Mi amor es una rosa  
abierta a tu cariño  
cual pobre mariposa  
que presintió mi corazón.  
Hoy vuelvo a ti, Buenos Aires,  
tierra de paz y de amor.



Sonó una ovación cerrada y el representante del conjunto argentino aplaudía más que nadie, mientras decía a quien quisiera oírlo:

— ¡Lo mejor! ¡Lo mejor que he oído!

— ¡Es un bandido! — exclamó Carmelilla, aplaudiendo entusiasmada—. Le odio y le aborrezco, pero canta como nadie. ¡Más fuerte! — rogó a sus compañeros—. ¡Aplaudo, Paco!

— Revientas de enamorada — le dijo Clarita.

— Pero todavía no es suya — gruñó Paco.

Se deslizó por detrás del decorado, en busca de la guitarra y acabó refugiándose detrás de uno de los árboles de cartón-piedra situados ante el telón de fondo.

Raúl, por su parte, deslumbrado por el éxito obtenido, perdió la guitarra, que recuperó el cantante oficial de la compañía. Y aquel hombre, resentido por la estafa de que lo habían hecho víctima, se dispuso a tomar el desquite.

— Ahora me toca a mí — anunció a los espectadores—. Voy a improvisar unos versos.

Y en tanto que sus compañeros bailaban, él comenzó:

«Chinita mía, cuánto te quiero,  
y yo te imploro le des tu amor  
a tu gauchito, que está penando  
por tus ojazos, margarita en flor.  
Mientras galopo en mi tordillo  
tu boca e guinda me hace decir...

Una mano salida de detrás del tronco se aferró al ástil de su guitarra y estuvo a punto de perderla. No obstante, logró hacerse con ella y siguió:

Mientras galopo en mi tordillo  
tu boca e guinda me hace decir...  
que en todo el pago no hay una china  
como la mía, para...

Se detuvo nuevamente para defender su guitarra, aquella vez de una prueba llevada a cabo por Raúl. Apenas se le oía porque el público se retorcía de risa en sus asientos.

La pampa gime bajo el pampero,  
el viejo agita el viejo ombú...

Y como si sus palabras reflejaran la realidad, el ombú de cartón piedra se balanceó violentamente y, al fin, cayó con estruendo sobre el escenario, dejando a Paco a la vista de todo el mundo.

Todos los argentinos se apresuraron a desaparecer, mientras su empresario se tiraba de los pelos. Y los espectadores aplaudieron a Paco, figurándose que era uno de los actores que debían de actuar. Y, contra su voluntad, Paco hubo de actuar con lo poco que sabía:

Yo no he salido,  
me han empujado;  
quién habrá sido;  
yo estaba ahí,  
detrás del árbol,  
y se ha caído;  
sí yo no canto ni el kikirikí.  
Venga, venga bulería,  
que también sé hacer folklore  
más puro que Lola Flores,  
un flamenco sin remanguine,  
¡ay... olé... ay!  
Ni en el Sacro Monte ni en el Albalcín  
ya no hay quien chanele del baile cañí,  
y una paya rica está camelándose  
porque se figura que soy zahorí.  
Y como a la Tani la tengo chalá,  
rey de los gitanos me quieren nombrá;  
y van a comprarme los cayos reales  
corona de plata con perlas del mar...

La improvisación de Paco fué acogida con risas y aplausos, y el pobre muchacho pudo retirarse para proseguir su búsqueda de la guitarra, que aun se hallaba en poder del cantante argentino.

— ¡Que se va el tren! — gritaba el empresario reuniendo a su gente —. De prisa... Si perdemos el tren, perdemos el barco, y si perdemos el barco... ¡tendré que pegarme un tiro!

— ¡Carmelilla, Carmelilla! — llamó Raúl.

— No debías mirarte más a la cara — dijo ella cuando él la alcanzó.

— ¿Seguís enojada, linda?

— Despreciarme por una guitarra...

— Pero no comprendés. La tiene ese cantor que busco y se va a Buenos Aires ahora mismo.

— ¡No es ésa! — confesó Carmelilla —. Quise probarte y te dije lo primero que se me ocurrió. Me acordé que mi primo tenía una guitarra...

— ¿Quién tiene la otra?

— Quiero hablar con usted — les interrumpió el representante de los argentinos, dirigiéndose a Raúl.

— ¡Lindo momento! Más tarde.

— Es que...

— Te voy a decir la verdad — dijo Raúl olvidándose de la presencia de aquel hombre —. La guitarra que busco fué la preferida de Gardel, lleva su firma dentro y con ella me haré célebre.

— ¡Diga!, que me marchó a Buenos Aires ahora mismo... — protestó el empresario.

— ¿Y qué quiere? — le preguntó Raúl de mal talante —. ¿Que lo lleve en brazos?

— ¡Ah, ya recuerdo! — dijo Carmelilla sonriendo —. Hace años que la vendí, precisamente en Buenos Aires, para salir de un apuro...

— ¿En Buenos Aires? Decíme, ¿a quién?

— No me acuerdo ahora — musitó Carmelilla pasándose la

mano por la frente — ¡Ah, sí! Fué en un barrio o en una calle que se llama Flores.

— ¡Flores, mi barrio! — gritó Raúl —. A lo mejor la tuve al lado.

— Estoy segura de que triunfarás, con esa guitarra o sin ella — afirmó la joven.

— Teniéndote a vos, ya no ambiciono nada — contestó Raúl abrazándola.

— Si eso fuera verdad. Quiero creerte, Raúl...

El representante de los argentinos, impaciente, dió unos golpecitos en la espalda de Raúl.

— Pero, ¿qué quiere? — preguntó éste impaciente.

— Contratarlo — respondió el otro —. Vendrá con nosotros salimos ahora mismo para Buenos Aires.

— ¿Oyes? — preguntó Carmelilla como si quisiera probar si Raúl no le había mentado asegurándole que sólo ella le importaba — ¡Buenos Aires!

— Sí, ya lo oí — contestó Raúl con indiferencia.

Y, tomándola por el brazo, quiso alejarla del representante.

— Vamos, tú y yo.

— ¡Es un buen contrato! — le aseguró el argentino.

— Vete, ¡La guitarra! — le recordó Carmelilla.

— No me interesa — dijo Raúl.

— ¡Oh! — gimió el representante artístico —. Perderé el tren, y si pierdo el tren, pierdo el barco. Y si pierdo el barco...

— Es la fama, la fortuna, la gran ocasión. ¡Todo! — insistió Carmelilla.

— ¿Qué me importa eso a tu lado? — preguntó Raúl —. No nos separaremos nunca más.

— ¡Está loco, loco! — exclamó el empresario.

— Preparada, señorita Carmen — dijo un traspunte.

— ¡Llévenselo aunque no quiera! — ordenó Carmelilla al representante de los argentinos.

— ¡No! — protestó Raúl.



— ¡A mí, muchachos! — gritó el argentino llamando a sus hombres.

— ¡Vuelve a buscarme! — gritó Carmelilla mientras Raúl era sacado violentamente del teatro.

Se quedó allí, en el pasillo, con los ojos llenos de lágrimas, pensando quizá en el largo tiempo que habría de pasar antes de que pudieran reunirse de nuevo.

Paco, que había presenciado la escena, meneó apesadumbrado:

— Otra vez llorando por él. No hay nada que hacer...

— ¿Te has convencido ya? — le preguntó Clarita.

— Ninguna mujer ha llorado por mí.

— Y si ha llorado — contestó Clarita con voz temblorosa y con los ojos húmedos —, tú no te has dado cuenta, porque estás ciego. ¡ciego!

Se marchó rápidamente y, entonces, por vez primera, Paco comprendió cuáles eran los sentimientos de la bonita rubia que fué su compañera y confidente. Echó a correr tras ella, gritándole:

— ¡Espera, espera! ¡No haberme dado cuenta!... ¡Clarita, Clarita!

Un mozo se acercó a Carmelilla para entregarle un telegrama, que ella abrió de mala gana. Mas apenas hubo leído las primeras líneas, sonrió alegremente y llamó:

— ¡Raúl, Raúl!

Pero éste ya se hallaba dentro del coche con sus raptos, que se negaban a soltarlo a pesar de sus protestas.

— Tengo que ir al hotel a buscar mi equipaje.

— No hay tiempo — contestó el empresario.

— ¡Por lo menos, la guitarra de mi padrino! ¡Tengo que devolverla!

— Déjela, se la pagaré.

— Si no, no voy — le amenazó Raúl.

— Bueno, pero dése prisa. Si perdemos el tren, perderemos el barco, y si perdemos el barco...



\* \* \*

A la puerta del teatro donde trabajaba don Felipe, Raúl se detuvo un momento para dejar salir a algunas personas y, en aquel momento, distinguió a una muchacha que estaba a su lado. Y al volverse la reconoció.

— ¡Carmelilla!

— ¡Raúl! — contestó ella arrojándose en sus brazos.

— ¡Estoy soñando! — suspiró él después de besarla largamente.

— Verás. Cuando acababas de marcharte, recibí un telegrama... Era un contrato para Buenos Aires. Vine en avión y llegué antes que tú.

— ¿Por qué no me escribiste?

— Quería darte una sorpresa. Buscaba la guitarra de Gardel para entregártela cuando llegases. Pero...

— Hablemos de vos ahora — le interrumpió él —. Al fin estás a mi lado...

— ¡Y para siempre!

— Es el descanso — dijo Raúl viendo que los espectadores salían al vestíbulo del teatro —. Vení que te presente a mi padrino.

Se dirigieron al foso de la orquesta donde los músicos estaban descansando. Don Felipe, en su rincón, pasaba una gamuza por su violín, y levantó la cabeza, vivamente impresionado, cuando oyó la voz de Raúl que decía:

— ¡Padrino!

— ¡Muchacho! — contestó el viejo abrazándolo —. ¿Cuándo llegaste?

— A... a... a... — tartamudeó Carmelilla señalando a don Felipe.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó Raúl, sorprendido al verla con la boca abierta.

— A este... A este señor le vendí la guitarra.

— Sí, ésta es la guitarra de Carlos Gardel — respondió don Felipe señalando el estuche que Raúl llevaba.

— ¿La que yo me llevé? — preguntó el joven.

— Sí.

— ¿Por qué lo hizo? — preguntó Raúl extrañado — ¡Mandarme a recorrer el mundo con una cosa que llevaba conmigo!...

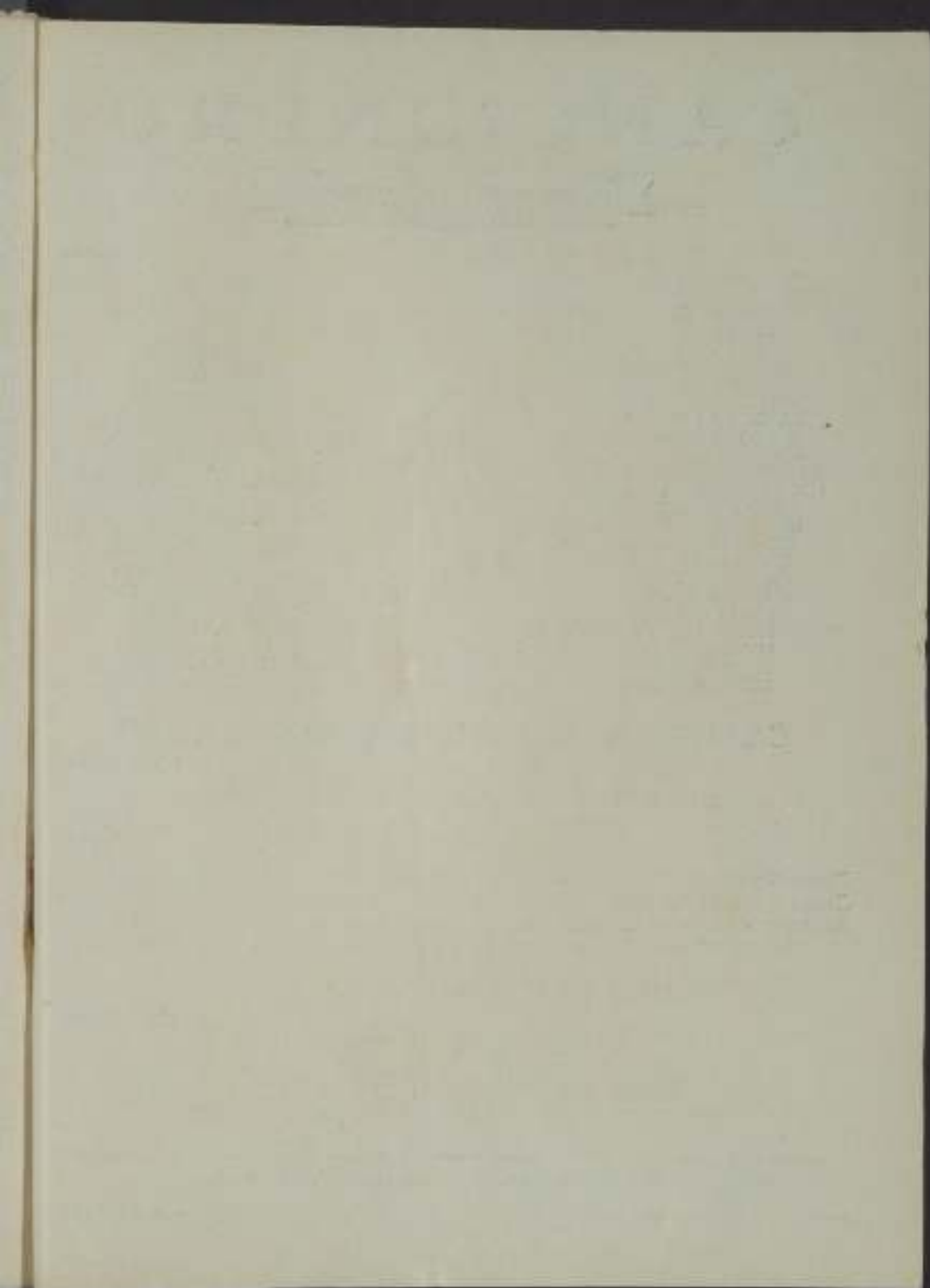
— Has luchado con entusiasmo y te has vencido a ti mismo — repuso don Felipe —. Porque, sin eso, la propaganda no te serviría para nada.

— ¡Tiene razón! — exclamó Carmelilla echándose a reír.

— Además — prosiguió el viejo músico —, has encontrado otro motivo para seguir luchando... Porque sois novios, no hay más que verlo...

— ¡Pronto estaré yo arriba! — exclamó Raúl señalando el escenario, seguro de su próximo triunfo, que no se haría esperar, porque era un excelente cantor... y porque estaba enamorado de Carmelilla.

FIN



# CANCIONERO

de  Editorial **ALAS**

1 peseta

RAFFLES  
ANGEL SANZ  
PEPE BLANCO  
JUANITO PEÑA  
CARLOS GARDEL  
ANTONIO AMAYA  
CARMEN FLORIDO  
ANTONIO MACHIN  
LA GITANA BLANCA  
MANOLO CARACOL  
NIÑA DE LA PUEBLA  
JUANITO VALDERRAMA  
LOS MEJORES CANTARES  
ANTO...ITA MORENO  
HERMANOS VIANOE  
CONCHITA PIQUER  
CARDOSO (Tangos)  
RAQUEL RODRIGO  
CARMEN SEVILLA  
GLORIA ROMERO  
PEPITA LLACES  
LOLA ALEGRIA  
LOS PONCHOS  
LUIS ARAQUE

IRMA VILA  
NEGRETE  
LA RIOJANITA  
MARIA ELVIRA  
JUANITA REINA  
NIÑO ALMADEN  
HUGO DEL CARRIL  
MANOLO SEVILLA  
NIÑO DE ORIHUELA  
EL PRINCIPE GITANO  
MIGUEL DE LOS REYES  
RUISEÑORES DEL NORTE  
TOMAS DE ANTEQUERA  
IMPERIO ARGENTINA  
GRACIA DE TRIANA  
IMPERIO DE TRIANA  
MONIQUE THIBAUT  
JOSE LUIS CAMPOY  
ALFONSO GUERRA  
PEPE MARCHENA  
ALICIA MUÑOZ  
LOLA FLORES  
JOSE MARIA

## CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS - ANTONIO MACHIN - BONET DE SAN PEDRO  
MARIA DEL VALLE - LOS CLIPPER'S

2 ptas.

Cinco Vocalistas del Jazz - Cinco Esilistas Calés - Cinco Estrellas Calés  
Cinco estrellas del Hor - Trio Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila  
Antonio Machin - Curro Lucena - Bronce y Seda - Arriba Va - Estrellas  
de la Radio - Negrete, Irma Vila y Trio Calaveras - Pepe Blanco

## COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE  
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA  
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS  
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona